

Günther Maihold

La crispación. Instrumentos y efectos de la polarización política en España

Según el Diccionario de la Lengua Española, “crispación” corresponde a “una contracción repentina y pasajera de un músculo” o una “irritación, exasperación”, definiciones que vienen muy al caso de la situación actual de España. Mientras que para unos la crispación entre las fuerzas políticas del país marcó una situación especial de agitación con los efectos de contracción para la definición de posturas políticas, para otros queda evidente que solamente puede tratarse de la exasperación del contrincante por hacer efectivo su planteamiento político. Ya desde este punto de vista puede deducirse la sensación de que se trata de un concepto relacional que vive de las tensiones y percepciones, resultado de la confrontación de fuerzas opuestas.

En términos políticos la confrontación se está dando entre una “España anticatalana, hipócritamente constitucionalista, unitaria, centralista y católica que interpreta la libertad y la plurinacionalidad como una ruptura sangrienta”¹ y una España que está perdiendo sus raíces y su rol en la política internacional debido a reformas sectarias sin bases políticas y económicas sólidas. Lo cierto es que esta situación ha terminado en una crispación general que desarticula el diálogo y es inmoderado en la forma y en el fondo. Esta controversia, que se ha ido construyendo entre el gobierno de José María Aznar y el de José Luis Rodríguez Zapatero ha caracterizado los seis años pasados, desde que se logró un gobierno de mayoría absoluta para el Partido Popular en el año 2000. Sin embargo, esta crispación, que vuelve a presidir la vida política y mediática, no es nueva, sino que recuerda el último período de los gobiernos de Felipe González, entre 1993 y 1996 con la crisis de los GAL y Filesa.

¹ Cfr: Oriol Bohigas: “¿Ni sí, ni no?”, en: *El País*, 31/05/2006.

1. Causas y efectos de la crispación: dos tesis y el debate sobre el centro político

“Cuando cesa un gran temporal, el mar de fondo sigue durante un buen tiempo”.² Esta frase hace referencia a las secuelas de la crispación que no se limitan al corto alcance en el impacto que tienen sobre la sociedad. Más bien, están cambiando no solamente el clima político interno sino también la cultura política y los estándares de la convivencia social.

Revisando las diferentes experiencias de polarización política, hay que preguntar por el beneficiario final de una estrategia política de crispación. A primera vista puede identificarse un interés de movilización de la propia clientela, instrumento esencial para aquellas fuerzas políticas que electoralmente encuentran dificultades para lograr la asistencia de su electorado potencial en las urnas. Esta meta es más fácil de alcanzar en base a una campaña muy polarizante que llega a tocar al elector en su identidad y le compromete con el voto. Por lo tanto, partidos como el PP que tienen dificultades de encontrar contrapartes para la formación de coaliciones en el espectro político, estarán dados a emplear tal estrategia de polarización, ya que puede aumentar el caudal de votos para su polo, aniquilando las potencialidades de las fuerzas de centro en la votación. La “soledad” del PP en las condiciones actuales, con pocas probabilidades de poder encontrar aliados en la construcción de una mayoría en las Cortes, por lo tanto es un aliciente muy potente para el liderazgo del partido por asumir beneficios de una crispación; esto vale tanto para la campaña electoral de Aznar como de Mariano Rajoy y su insistencia en este sendero confrontacional. En tanto que no se abran oportunidades de coalición de carácter estructural para el PP, habrá que reconocer que la opción de polarización –mientras que logre asentarse en los temas oportunos para este fin– puede arrojarle ventajas al partido actual de oposición.

Sin embargo, las agresiones, que ya no pueden considerarse simples protestas, pueden desembocar en un movimiento pendular en la política nacional, dejando a la sociedad como observador de un juego de cambio y recambio en las políticas estatales sin que puedan visualizarse avances en la gestión pública. De esta situación pueden resultar dos opciones:

² “Crispación de doble filo”, en: *La Vanguardia*, 8/04/2003.

Por un lado el cansancio de los electores ante su instrumentalización por parte de la política, por otro lado una creciente politización de la sociedad. Esta última situación en que se induce una polarización de la sociedad desde los actores políticos representa una explicación del continuo roce entre las orientaciones partidistas que logran dividir a la sociedad en los diferentes campos (desde las asociaciones de víctimas hasta los protagonistas en los medios), disolviendo políticamente la opción de centro. Corresponde a esta posición la afirmación de Ciprià Ciscar y Joaquín Almunia que resumieron su propio enfoque en la lapidaria frase: “La máquina de la crispación sigue instalada en la Moncloa”³, una afirmación que podría prestarse a la sospecha de que también el inquilino de la Moncloa a partir de 2004 podría hacer uso de esta maquinaria.

Así puede deducirse la tesis de que el aparato estatal sea el mecanismo más efectivo para inducir la crispación y tratar de efectuar un cambio de posiciones políticas en la sociedad. “La sociedad española, los ciudadanos, no están crispados, y lo que se llama crispación es un mero cruce dialéctico más o menos frecuente en la vida política”⁴, afirmación del ministro de Fomento Rafael Arias Salgado durante el primer gobierno de José María Aznar, que todavía se mantenía en el esquema de un “centrismo pactista” que marcaba la política de Aznar de 1996 a 2000.

Por el otro lado, hay que debatir acerca de la alternativa en tanto que la política polarizada es expresión de su capacidad de absorber las tensiones de la sociedad, avivándolas al mismo tiempo y utilizándolas para sus intereses. Esta situación implicaría el caso opuesto, en tanto que las divisiones en la sociedad se encuentran reflejadas en la estructura política. En este sentido el enfrentamiento entre los españoles podría no solamente ser efecto de la demagogia, sino reflejo de los signos de cambio hacia adentro de la propia sociedad.

La consecuencia de la polarización es, pues, el fortalecimiento de los polos del espectro político y la desarticulación del centro (Corrales 2005: 115), el cual con la desaparición de la UCD (Unión de Centro Democrático) y del CDS (Centro Democrático y Social) carecía de una organización sólida. Además la estrategia del PP apuntaba a controlar este espacio y posicionarse a sí mismo como fuerza de “recuperación

³ *El Mundo*, 24/05/1997.

⁴ *Cfr. ABC*, 24/05/1997.

del centro” (Aznar 1994: Cap. 2). La ausencia de una fuerza política propia del centro alimentó las dinámicas centrífugas de un sistema esencialmente bipartidista, suspendiendo las tendencias centrípetas anteriores que versaron alrededor de la UCD. Esta visión va contra los tradicionales conceptos de la teoría del *public choice* de Anthony Downs (1985), que parte de una distribución normal del electorado, lo cual induce a los partidos en un sistema bipartidista a girar hacia el centro, tratando de copar las grandes mayorías del electorado ubicados allí. Esta tesis también alimentó los análisis de Sebastian Balfour (2005), mientras que se puede defender también la posición de que ante efectos polarizantes que encuentran su correspondencia en estructuras de *cleavages* culturales y sociales en la sociedad puede haber situaciones y fases en la vida política, en las cuales el electorado esté organizándose alrededor de los dos polos políticos del sistema partidista, dejando solamente una pequeña parte del electorado en el centro del espectro político. Tal distribución del electorado cambia las estrategias de los actores políticos en el sentido de que tratan de consolidar su posición de polo en vez de girar hacia el centro. En tanto que se pretende generar o volver a actualizar una polarización de la población en el sentido de la vuelta de las “dos Españas” (Tusell 2005: 358), estaríamos asistiendo a una dinámica diferente. Algunos de los extremos de la confrontación están indicando esta visión de la construcción de una *cleavage* cultural entre dos proyectos de país que compiten desde sus polos por la aceptación del electorado marginal.

Este cambio en el sistema de partidos tiene una dimensión dramática para la sociedad civil y los demás poderes del Estado. En la sociedad española esto se ve reflejado en la división bipolar existente p. ej. entre las organizaciones de las víctimas del terrorismo (de ETA y del 11 de marzo de 2004) y el creciente interés de las fuerzas políticas por judicializar el conflicto político. La necesidad de los actores políticos de una construcción de hostilidades con respecto a otros es recogida analíticamente en las motivaciones por aumentar la coherencia interna y no dejar aparecer fisuras en la propia organización (Corrales 2005: 112). Por lo tanto es imprescindible para investigaciones de mayor profundidad ampliar la mirada hacia la situación interna de los actores y sus procesos de reclutamiento y movilidad de personal.

En tanto que logra articularse un liderazgo unitario fortalecido (como fue el caso del PP con las reformas que inició José María Aznar

fortaleciendo la estructura jerárquica en el partido⁵) se genera una dificultad creciente por salirse de los caminos predefinidos, una situación de cuasi irreversibilidad del sendero asumido. Esta situación parece cerrarle en estos momentos a Mariano Rajoy la vuelta a un estilo diferente de política, ya que debería temer para el PP problemas de cohesión interna y un peligro creciente de desmovilización de su “clientela” que se ha juntado al proyecto partidista en los tiempos de polarización.

Sin embargo, reviste también importancia un argumento fundamental en cambios de la cultura política de España. El acceso de José María Aznar a la Presidencia del Gobierno fue interpretado como un relevo generacional en tanto accedieron al poder personas que no estuvieron presentes durante la transición y, por tanto, no participaban de la tradición del consenso (Tusell 2004: 32ss.). Esta reorientación del personal político en la “normalidad democrática”, en tanto que da por sentada la consolidación democrática, ha abierto el camino hacia un libre juego competitivo entre los partidos políticos que ha asumido características de un concepto de “democracia mayoritaria” liberándose de los elementos limitantes de consenso (Hopkin 2005: 6 ss.). Ya que los dos partidos mayoritarios están en condiciones de copar casi el 80% del voto en las elecciones, se ha dado un cambio profundo en la estructura del sistema de partidos, de manera que ellos pueden aspirar a convertirse en tenedores de una mayoría absoluta, lo cual cambia de entrada sus estrategias electorales. Si su interés esencial es la aspiración a una mayoría absoluta propia, el instrumento de la polarización alcanza su plena justificación en el momento que logran cortar las posibilidades de los pequeños partidos para asumir ellos la función de definir la mayoría por la cantidad de sus escaños en las Cortes. Hopkin (2005: 13) opta entonces por definir el sistema de partidos en España como “sistema bi-partidista adulterado”.

2. La crispación en el gobierno de Aznar: del “centrismo pactista” al “neoespañolismo”

Las elecciones del 14 de marzo de 2004 se consideraron como una especie de plebiscito sobre los diversos proyectos de España. Habién-

⁵ Cfr: el análisis de Sebastian Balfour (2005: 149).

dose consumado 120 días antes las elecciones catalanas del día 16 de noviembre de 2003 que habían llevado al tripartito al poder de la Generalitat, ya se vislumbraba un panorama difícil para el proyecto político del PP, cuya prolongación iba a asumir Mariano Rajoy. Así se terminó el segundo gobierno de Aznar descansando en la mayoría absoluta lograda en marzo de 2000, con una pérdida electoral que sorprendió a los mismos protagonistas del PP, dejando un mal sabor de sospechas por una supuesta alteración del voto ciudadano por parte del PSOE como consecuencia de los atentados del 11 de marzo.

Esta inesperada situación implicó un nivel de confrontación política mayor a aquél que se había articulado a lo largo del segundo gobierno de Aznar (2000-2004) por una serie de polémicos proyectos, los cuales a su vez se habían considerado como auténticas contrarreformas de anteriores leyes socialistas. Críticos de la gestión de Aznar encontraron en su pensar “la recuperación del discurso neoespañolista”⁶, que vino a la par de una política económica exitosa y los avances policiales en la lucha antiterrorista. Sin embargo, el comportamiento de la mayoría absoluta del PP en las Cortes reflejó una postura excluyente por parte del gobierno, resultando en una “pérdida de calidad” de la vida democrática. Elementos de esta situación se han identificado en el uso partidista de la política antiterrorista, la mediatización de la magistratura y de un enfrentamiento con las fuerzas nacionalistas en la criminalización de los nacionalismos democráticos. Por igual, se ha criticado al gobierno de Aznar por asumir un control directo e indirecto de los medios de comunicación, especialmente públicos, control que fue comparado con acciones parecidas a las de Berlusconi en Italia.

Esta posición del neoespañolismo (Tusell 2005: 73) se fue mezclando con el argumento de revisionismo histórico bajo el lema de la “Unidad de España” y en base al reforzamiento de la cohesión territorial en contra de las reformas estatutarias, consideradas por Fernando García de Cortázar como “El secuestro de la idea de España”. La idea del historiador “casero” de Aznar, en tanto que habría que “devolver a los ciudadanos su patrimonio nacional secuestrado en los años de la transición política, tiempo en el que la Historia fue invitada a ceñirse al ámbito de la región y a refugiarse en las arrugas de lo cotidiano, adoptando disi-

⁶ Cfr: “¿Una crisis histórica?”, en: *La Vanguardia*, 15/02/2004.

muladas y vergonzantes figuras localistas” (García de Cortázar 2001) recoge los elementos de aquella visión de integridad de la nación española que no logra aceptar la diversidad de las Autonomías y su papel constitutivo de la nación. Esta corriente de pensamiento encuentra en la misma Constitución de 1978 una expresión de “desnacionalización” y la marca como inicio de la “desespañolización” (Bueno 2005: 50 ss). El nuevo proyecto de neoespañolismo “que pretende ser liberal, exagerando y adulterando esta opción política en nuestro pasado, pero que utiliza procedimientos decrépitos para manifestarse”⁷ se ha vuelto un enfoque de crispación de carácter profundo, ya que plantea “otro país” que suspende el consenso logrado en la Constitución de 1978. Que el gobierno de Aznar haya asumido esta orientación del hartazgo de nacionalismos durante su gestión con mayoría absoluta, refleja la sensación de que en esta etapa se volvieron a abrir zanjadas profundas en la sociedad española que alimentaban la confrontación entre los ciudadanos. De allí al parecer se está nutriendo la sensación que fue una polarización inducida desde la política con efectos profundos sobre la población.

Esta valoración del segundo gobierno de Aznar se enfrenta con el “centrismo pactista” correspondiente de la etapa de 1996 hasta 2000. En esta etapa el PP debía lograr una mayoría parlamentaria con el apoyo de otros grupos, ya sean los escasos diputados de la Coalición Canaria o un acuerdo con el CiU. Que a pesar de la confrontación del PP con los movimientos nacionalistas periféricos haya sido posible una alianza con Jordi Pujol y el catalanismo con una política de fomento de la descentralización y transferencia de recursos (especialmente para la educación en favor de las Autonomías), sorprendió especialmente a la oposición socialista, que no había considerado factible esta alianza (Tusell 2005: 66). Esta situación de alianza con el CiU inauguró una práctica política definida como “centrismo pactista”⁸ que permitió un proceso de privatización considerable de las cinco grandes empresas nacionales (REPSOL, Telefónica, Tabacalera, Endesa, Argentaria), sin que hayan surgido graves conflictos en la realización de este proceso. Sin embargo, el calificativo de “centrista” obedeció más bien a una autoadscripción, ya que no implicó un “retorno a las actitudes de la

⁷ Cfr. Javier Tusell: “Un neoespañolismo decrépito”, en: *El País*, 15/02/2002.

⁸ Cfr. “¿Una crisis histórica?”, en: *La Vanguardia*, 15/02/2004.

transición, como, por ejemplo, la voluntad de consenso en las cuestiones decisivas” (Tusell 2005: 198), sino estaba animado por intereses prácticos de resolver problemas en materias muy específicas como lo autonómico y lo social. Este período también estuvo marcado por pocas movilizaciones masivas, en claro contraste con el segundo mandato con una huelga general, las críticas por el hundimiento del “Prestige” y la Guerra del Irak.

Además el gobierno popular pudo aprovechar la debilidad de la oposición socialista: Las elecciones de 1996 estaban marcadas por la expectativa del PSOE de regresar pronto al gobierno tras su “dulce derrota”, lo cual llevó con el paso del tiempo a una crisis de liderazgo interno después del retiro de Felipe González, la sustitución por Joaquín Almunia y la instalación de Josep Borrell en la presidencia del partido. Sin embargo, la renuncia de Borrell y la vuelta de Almunia mostraron la debilidad de la oposición (Tusell 2005: 166ss.) y le permitieron a Aznar mostrar su disposición de pactar en la lucha contra el terrorismo y los problemas de justicia. El partido de la oposición logró recuperar apenas su presencia con la crítica masiva a las posiciones de Aznar respecto de la guerra de Irak, que le ofreció al PSOE y su nuevo líder Rodríguez Zapatero la posibilidad de unir amplios sectores de la sociedad. Que de allí se esté dibujando de nuevo la confrontación a nivel de grupos empresariales en materia de medios de comunicación (entre el grupo PRISA por un lado y *El Mundo* y *ABC* del Grupo Correo por el otro) ha hecho relucir la división del país no solamente en términos de la vida pública con crispación política, sino también con extensión a instancias como las universidades o con referencias a la Guerra Civil. No es de sorprender que se esté culpando al gobierno socialista de “crispar” la vida política como una estrategia para tratar de desdibujar los logros de la gestión de Aznar⁹.

3. La crispación en el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero

Mientras que José María Aznar había comprendido su victoria electoral en 2000 como un “cambio de régimen”, la llegada de José Luis Rodrí-

⁹ César Alonso de los Ríos: “La estrategia de la tensión “, en: *ABC*, 11/05/2003.

guez Zapatero al palacio de la Moncloa se comprendió como una alternancia circunstancial, debido en parte al cansancio de la población con el estilo de la “aznaridad” (Vázquez Montalbán 2003: 165 ss.) y por otra parte a los atentados del 11 de marzo de 2004 incluido el tratamiento que el gobierno estaba dándole a estos actos terroristas. Haber salido de una agitación al límite que lleva diferentes grados de concordancia con la vida social, ha marcado el inicio del gobierno de Rodríguez Zapatero. Desde algunas iniciativas reformistas del gobierno socialista, como la anulación del Plan Hidrológico, la ley de matrimonios entre homosexuales o la Ley Orgánica de Educación, que fueron aprobadas, en la visión de los críticos, de espaldas a importantes sectores de la sociedad, se ha ido construyendo una nueva calidad de enfrentamiento. De pronto los conservadores tomaron la calle y junto con los obispos se lanzaron a una severa crítica del nuevo gobierno socialista en materia educativa. Por su lado el PP y los medios afines han presentado desde el principio de la legislatura una actitud de oposición frontal y, en ocasiones, desmesurada¹⁰, optando por una estrategia de provocación que en el Parlamento ha asumido especialmente Eduardo Zaplana¹¹. Las reacciones de la oposición en varios momentos han asumido —apuntando ciertas disposiciones en la población al respecto— un tono anticatalán, como por ejemplo el llamado a un absurdo boicot a productos que tienen su sede social en Cataluña, en el contexto del debate sobre la reforma del Estatuto.

Hoy en día el PP se encuentra en soledad en cuanto a posibles contrapartes de alianza política, lo cual ya repercutió en los comicios del 19 de junio de 2005 en Galicia, donde sufrió la pérdida del poder en un añejo feudo del partido. Este retroceso electoral, sin embargo, no indujo un cambio de estrategia del PP, a pesar de que hacia el interior del partido algunos líderes como Josep Piqué trataron de apuntar hacia una revisión del accionar partidario. Hasta la fecha el líder del PP Mariano Rajoy ha seguido la línea política de su antecesor en el cargo de presidente de partido, José María Aznar, desembocando esta estrategia en manifestaciones contra la devolución de los papeles de Salamanca, los

¹⁰ Cfr. *La Vanguardia*, 29/12/2005.

¹¹ Cfr. sus preguntas orales e interpellaciones al gobierno que pueden revisarse en: <http://www.congreso.es/interv_dipu/leg8/d231/18_d231_crono_0001.htm> (29/11/2006).

matrimonios homosexuales, la Ley Orgánica de Educación, marchas con algunas asociaciones de víctimas del terrorismo y una campaña alarmista de “Defensa de la Constitución”. El efecto de esta decisión de llevar la política a la calle y “convertir a sus líderes en pancarteros”¹² aumentó la hiperexcitación política y reflejó la decisión de la dirección del PP por apostar a subir el tono en los conflictos. Un tema de debate fue la reorientación de la política exterior de España por parte del gobierno socialista, no solamente en cuanto al retiro de las tropas españolas de Irak sino también con una nueva presencia proactiva del país en el marco de la UE (Maihold 2004).

De pronto el PP parece asumir la vanguardia en hacer oposición dentro y fuera de las instituciones, situación que llevó a la confrontación de las diferentes fuerzas políticas con sus caballos de batalla, en la cual se adjudica la crispación al PSOE, que lo esté imputando a los populares.¹³ Así se le culpa al gobierno de Rodríguez Zapatero de tratar de deslegitimar a la derecha con un discurso de inauguraciones morales permanentes, intentando abanderar la causa de un regeneracionismo en los modos de la acción política sin poder darle sustento a tal proyecto. La retirada de las tropas españolas de Irak y la disposición de reconocer las nacionalidades abrieron, tanto como la afirmación de la laicidad, un ambiente de discordia que según los líderes de la oposición mermó la cohesión de la misma sociedad española.

Lo que al inicio el nuevo presidente de Gobierno concibió como un “acceso febril que pasará”¹⁴ desembocó en un clima de crispación política más allá de una situación coyuntural, llevando al PP a repetir la estrategia confrontacional que llevó al fin de gobierno de Felipe González. El involucramiento de otros actores de la sociedad como la Iglesia católica personificada por el presidente de la Conferencia Episcopal, el cardenal Rouco Varela, es la prueba de que desde los partidos políticos se logró cubrir con sus estrategias polarizantes a los espacios públicos con los actores involucrados.

Esta situación de confrontación ha sorprendido especialmente a aquellos analistas que habían dibujado a José Luis Rodríguez Zapatero con la imagen de “Bambi”, es decir la imagen de un apaciguador

¹² Cfr: *La Vanguardia*, op. cit.

¹³ Cfr: *ABC*, 19/11/2006

¹⁴ Cfr: José Luis Rodríguez Zapatero, cit. en: *El País*, 7/12/2004.

(Tusell 2005: 220) apuntando a su inocuidad y una supuesta timidez del jefe de los socialistas. Sin embargo, esta valoración pronto tuvo que corregirse al analizar su camino hacia el cargo de presidente de Gobierno. El logró la presidencia de su partido con apenas 0,9% de ventaja frente a su contrincante, representante de las estructuras regionales del partido, José Bono. Con su apuesta por un “cambio tranquilo” en el partido, tratando de evitar un cisma entre “guerristas y renovadores” y el llamado por una oposición constructiva (Méndez-Lago 2005: 190) Rodríguez Zapatero asumió un estilo político diferente al de José María Aznar, con el cual entró en abierta confrontación en el tema de reforma en el sistema educativo y con la decisión gubernamental de sumarse a la estrategia estadounidense de invasión de Irak. Antes había inducido su concepto de ofrecer al gobierno una “política de pactos” en la lucha antiterrorista después de los atentados de ETA en el verano de 2000 (Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo), el pacto sobre la Justicia de mayo de 2001 y la Ley de Partidos de 2002. Con esta trayectoria Rodríguez Zapatero no puede ser considerado un político de características confrontacionales, el cual sin embargo ha demostrado no evadir el conflicto cuando fuera necesario. Se levanta entonces la pregunta de hasta qué medida ha aprovechado oportunidades para desinflar situaciones de confrontación y abrir canales hacia el consenso con la oposición. La iniciativa más visible fue la invitación al diálogo a Mariano Rajoy en la antesala de posibles negociaciones con ETA en claro reconocimiento de que para tal proyecto necesitará del apoyo de los Populares. El poco camino andado en esta temática en la preparación de las conversaciones ya era suficiente para que el PP saliera de su disposición inicial y haya optado de nuevo por movilizaciones en asociación con las organizaciones de víctimas. Este panorama le dificultará al gobierno lograr avances en una materia de por sí extremadamente complicada.

La crispación en política no parece ser sólo una “cuestión de formas, de griterío o de seño, sino también un asunto de fondo relacionado con el sentido de las decisiones públicas”¹⁵. Si según el presidente del gobierno socialista las diferencias no deben tomarse como “grescas continuas”, entonces dominaba en el líder del partido en el gobierno la

¹⁵ Cfr: “Patriarcal Zapatero”, en: *ABC*, 7/11/2004

expectativa de poder marcar un ritmo diferente a los estilos confrontativos prevalecientes y desdibujar la escalada del tono por parte de la oposición del PP. Este por su parte no quería dejar pasar sin crítica la intención del gobierno de atribuirse el patriarcado moral de la clase política española, sino llevar adelante una revisión profunda de las bases que ella misma había construido en la llamada “segunda transición”¹⁶ liderada por José María Aznar. El hecho de que Aznar se había retirado de la actividad política cotidiana no implicó el abandono de la vida política, ya que siguió en la cúpula del PP como presidente de honor del partido. Sus incursiones en el debate nacional y la decidida posición de Mariano Rajoy por defender hasta sus últimas consecuencias la “herencia de Aznar”, han cerrado el camino para iniciar una nueva etapa en el debate nacional, llegando a niveles de mayor distancia entre las personas involucradas. La llegada de Zapatero a la Moncloa no logró suavizar las formas rebajando la crispación, que se mantuvo casi inalterada. El “efecto balsámico”¹⁷ del nuevo gobierno socialista no se hizo presente y la confrontación volvió a extenderse especialmente en el tema de las nacionalidades y la situación del país vasco.

4. La dinámica de la polarización

De los pocos estudios existentes en cuanto a una teoría de polarización pueden deducirse varios elementos estructurales (Corrales 2005):

– El inicio de un proceso de polarización se asocia con un “asalto al poder” real o así percibido por otros actores: esta situación se ve reflejada en el caso de España en el éxito electoral de Rodríguez Zapatero en 2004, que en los ojos de los protagonistas políticos del PP representaba un asalto al poder en base a una “manipulación” electoral. Una situación parecida habrá dominado en el PSOE en 1996 cuando el partido se

¹⁶ Cfr: el título del libro de José María Aznar (1994). Hay que preguntar si la llamada “segunda transición” no quiere decir en último término más bien “alternancia”. La distancia de Aznar frente a la transición es reflejada en una cita. “No tengo los tics de la transición” (cit. en: Tusell 2004: 23).

¹⁷ Cfr: José Luis Jiménez: “Cambio de talante y poco más”, en: *La Vanguardia*, 9/08/2004.

veía desbancado del poder de una manera inesperada por una “coalición imposible” del PP con CiU. Las dos situaciones van en paralelo con la sensación de un asalto al poder en términos de la búsqueda de un control inmediato sobre los medios de comunicación públicos por parte del respectivo ganador, una “costumbre” a la cual los dos partidos no se supieron resistir. Se percibe entonces una expansión del control sobre instituciones políticas a costa de los opositores por un amplio cambio en el personal que labora en estos cargos públicos, que llega a cubrir hasta todos los puestos de directores de los museos nacionales. Así se incluyen en la sustitución hasta a personalidades consideradas independientes en muchas dependencias gubernamentales, caso especialmente significativo al inicio del gobierno de Rodríguez Zapatero.

– Como consecuencia aumenta la inseguridad en la oposición y se induce un sentir por la unificación interna, resultando después de la pérdida electoral en un activismo exagerado por “cerrar las filas”. Por esta vía se anhela garantizar la capacidad de acción y presentarse ante el público y la propia clientela como actor colectivo fuerte. Así se asume un interés creciente por retar “al Estado” y recuperar “simbólicamente”, en base a la acción colectiva y unitaria, el acceso al poder.

– La desaparición del centro como efecto de la polarización induce a todos los actores políticos y sociales a definirse como parte de uno u otro lado. Esta situación se extiende desde el nivel local hasta los medios de comunicación, incluye la sociedad civil y las universidades. A los mismos actores políticos esta estrategia les parece positiva porque les está generando por lo pronto más aliados para su lucha por el poder. En el espectro político aumenta así la tendencia de ir a los extremos con la concomitante desaparición de los moderados.

– Esta tendencia fortalece el extremismo de los dos lados y activa una espiral de amenazas mutuas. La obstrucción política se convierte en el instrumento preferido y se expanden las actividades extra-institucionales con la toma de “la calle”, situación muy patética en el caso del PP que con sus marchas y manifestaciones lideradas por el jefe del partido Mariano Rajoy y el ex-presidente de Gobierno José María Aznar tratan de reanimar el proyecto político de su gobierno mayoritario de 2000-2004.

– La política así se convierte en una continua “prueba de fuerza”, ya que cada punto de la agenda política y cada movimiento se presta para esta intención. Tanto el tema de las negociaciones aún no iniciadas

con ETA como el laicismo en la educación han servido a la oposición para apropiarse de amplios sectores de la población en grandes manifestaciones para ejercer una llamada al gobierno socialista por volver a los Pactos firmados y no robarles a las víctimas su dignidad. Por esta vía el PP está tratando de tapar su “soledad” en el espectro político-institucional, donde por el momento no dispone de una contraparte importante, sustituyéndola por un “contrato” con la sociedad.

— La continuación de estas dinámicas desemboca en actos de provocación para generar disenso y conflictos en el polo opuesto, lo cual al mismo tiempo genera coherencia en el propio espectro político. Por lo tanto, surge un dilema de seguridad del cual tratan de liberarse los actores con actos de carácter preventivo y ofensivo. Son justamente estos momentos peligrosos en los cuales tratan de utilizar temas con altos ingredientes emotivos como p. ej. la migración, para hacerlos útiles en la estrategia polarizante. Habrá que esperar que los actores políticos del país mantengan la cordura y eviten que las confrontaciones existentes adquieran un nivel de confrontación que podría escapárseles de las manos a los propios protagonistas de la acción.

5. Crispación: ¿hasta dónde?, ¿hasta cuándo?

La situación de España se caracteriza por una continuidad de la crispación por más de seis años. La pregunta, cuándo se cansarán los actores y el público de esta estrategia de campaña electoral permanente, hoy en día es difícil de contestar. Desde hace tiempo se puede detectar la pérdida de capacidades de renovación del contenido en la agenda electoral. Vienen y vuelven los mismos temas sin que se estén visualizando avances o acercamientos en las respectivas posiciones. Además se está haciendo presente una creciente tentación por tratar de revisar la transición a la democracia, no solamente reflejada en cuanto al tema de la memoria histórica sino también con respecto al estilo del consenso prevaleciente de esta etapa histórica. Para algunos, España en este sentido está normalizando su sistema político en términos competitivos y habrá que acostumbrarse al péndulo de los movimientos políticos. Por el otro lado existen elementos políticos que podrían facilitar la búsqueda de un punto de inflexión en las tendencias crecientes de crispación como son por ejemplo las negociaciones con ETA, que podrían llevar a una

recomposición de las fuerzas políticas frente al tema del terrorismo. Sin embargo, habrá que instrumentar un cambio en las mismas instituciones políticas, en los partidos, para que se pueda encontrar una salida a la polarización. En parte la falta de renovación del personal político impide una salida de la situación actual: Así como la continua presencia de Felipe González paralizó al PSOE y los nuevos líderes del partido, sigue pendiendo sobre el PP la presencia de José María Aznar como presidente honorario del partido y su injerencia en el partido desde la FAES. Mientras estos ex-presidentes de gobierno que terminaron su carrera política como “políticos jóvenes” (es decir, antes de la edad de jubilación) sigan impactando sobre el accionar de sus respectivos partidos, será difícil que sus sucesores logren emanciparse de su estilo y su tradición políticos. En última instancia dependerá de los mismos electores, hasta cuándo estén dispuestos a aceptar la continuidad de una crispación que no le ayuda mucho al país para resolver los problemas del presente y del futuro.

Bibliografía

- AZNAR, José María (1994): *España: segunda transición*. Madrid.
- (2004): *Ocho años de gobierno: una visión personal de España*. Barcelona.
- BALFOUR, Sebastian (2005): “The reinvention of Spanish conservatism”, en: Balfour, Sebastian (ed.): *The Politics of Contemporary Spain*. London/New York. pp. 146-168.
- BUENO, Gustavo (2005): *España no es un mito. Claves para una defensa razonada*. Madrid.
- CORRALES, Javier (2005): “In Search of a Theory of Polarization: Lessons from Venezuela, 1999-2005”, en: *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe/European Review of Latin American and Caribbean Studies*, Vol. 79/octubre, pp. 105-118.
- DOWNS, Anthony (1985): *An economic theory of democracy*. Boston.
- GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando (2001): “La nación española: historia y presente”. *Papeles de la Fundación FAES* No. 63.
- (2004): Fernando: *Los mitos de la historia de España*. Barcelona.
- HOPKIN, Jonathan (2005): “From consensus to competition: the changing nature of democracy in the Spanish transition”, en: Balfour, Sebastian (ed.): *The Politics of Contemporary Spain*. London/New York, pp. 6-26.
- JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico (2006): *España y libertad*. Madrid.

- MAIHOLD, Günther (2004): “‘Retorno a Europa, reencuentro con América Latina’. Ejes de la nueva política exterior de España en el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero”, en: *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, Vol. 4, nº 15, pp. 168-173.
- MÉNDEZ-LAGO, Mónica (2005): “The Socialist Party in government and in opposition”, en: Balfour, Sebastian (ed.): *The Politics of Contemporary Spain*. London/New York, pp.169-197.
- TUSELL, Javier (2004): *El Aznarato. El Gobierno del Partido Popular 1996-2003*. Madrid.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel (2003): *La Aznaridad. Por el imperio hacia Dios o por Dios hacia el imperio*. Barcelona.
- VIDAL, Oriol (2006): *500 preguntas al nacionalismo español*. Madrid.